

Blanca Chancosa

Los hilos con los que
he tejido mi historia



Autobiografía

Blanca Chancosa

Los hilos con los que
he tejido mi historia



2020



BLANCA CHANCOSA

Los hilos con los que he tejido mi historia

(Autobiografía)

© *Blanca Chancosa*

Primera edición: © Ediciones Abya-Yala
Av. 12 de Octubre N24-22 y Wilson, bloque A
Apartado postal: 17-12-719
Teléfonos: (593 2) 250 6267 / (593 2) 396 2800
e-mail: editorial@abyayala.org.ec
www.abayala.org.ec
Quito-Ecuador

ISBN: 978-9942-09-712-5

ISBN digital: 978-9942-09-733-0

Entrevistas y edición
de textos: Milagros Aguirre A.

Foto de portada: Patricio Realpe

Fotos interiores: Archivo Blanca Chancosa, Pocho Álvarez,
Patricio Realpe, Dolores Ochoa,
Diario El Universo y Land is Life

Diseño, diagramación
e impresión: Ediciones Abya-Yala
Quito-Ecuador

Tiraje: 1000 ejemplares

Impreso en Quito-Ecuador, septiembre de 2020

Índice

Dedicatoria	7
Prólogo	9
¿Por qué contar el tejido de mi historia?	19
<i>Capítulo I</i>	
La libertad o el espíritu del viento.....	23
<i>Capítulo II</i>	
El espíritu del sol, del conocimiento	37
<i>Capítulo III</i>	
Organizarse, comenzar a vencer.....	51
<i>Capítulo IV</i>	
La tierra abonada con sangre indígena	75
<i>Capítulo V</i>	
Cuando el pueblo se levanta.....	93
<i>Capítulo VI</i>	
De esperanzas y decepciones... ..	125
<i>Capítulo VII</i>	
Democracia sí pero... ¿cuál democracia?.....	135
<i>Capítulo VIII</i>	
El largo camino de la justicia.....	157
<i>Capítulo IX</i>	
La fuerza de la identidad vence a la discriminación.....	169
<i>Capítulo X</i>	
Las raíces que nos sostienen	183

<i>Capítulo XI</i>	
Somos... como la paja del páramo	193
<i>Capítulo XII</i>	
Por el agua, por la tierra, por la vida	201
<i>Capítulo XIII</i>	
Tejer redes, hacer alianzas, ser recíprocos	213
<i>Capítulo XIV</i>	
Ser madre: un reto... ..	231
<i>Capítulo XV</i>	
El ministerio de la Resistencia	247
<i>Capítulo XVI</i>	
La mujer, otra causa que es mi causa	253
<i>Capítulo XVII</i>	
La complementariedad	269
<i>Capítulo XVIII</i>	
Encuentros de los nuevos comuneros y su formación.....	275
<i>Capítulo XIX</i>	
Octubre 2019 o la herida del país abierta	289
<i>Capítulo XX</i>	
Ese otro mundo posible.....	299
A dos manos, apuntes para un final.....	307
Epílogo.....	311

Dedicatoria

Dedico estas páginas a la memoria de mis abuelos y a mis padres,
que dieron las primeras puntadas a mi vida.

A Atyk, mi hijo, que tiene el futuro en sus manos.

A los compañeros, hombres y mujeres, con quienes he caminado
en el proceso.

A los defensores de la vida, que se adelantaron y dieron su vida en
el camino.

A los héroes de Octubre y de tantas luchas anteriores que deben
tener un lugar en la historia del movimiento indígena.

Y a los pueblos y nacionalidades que me permitieron acompañar y
compartieron conmigo sus saberes.



Prólogo

Blanca Chancosa: “pequeña, pero con una voz muy potente”

Este libro es el testimonio de una mujer valiente con una constancia de romper piedras. Blanca Chancosa, dirigente indígena y cofundadora de CONAIE, mujer, hija, hermana, madre, amiga, compañera, activista, abuela, maestra y líder, se ha animado a contar su historia. La suya es la historia del movimiento indígena ecuatoriano y sus reflexiones, parte del proyecto político con el que nació la organización. Leer estas páginas es escuchar una voz auténtica y a la vez, entender el proceso de la lucha indígena del Ecuador.

En estas páginas preliminares hemos querido recoger algunas voces que la retratan, como abreboza a su propia voz, como narradora y tejedora de su propio caminar por las causas justas. Voces que, como en una colcha de retazos, se suman y dibujan su perfil. En el cuerpo de este libro, el lector escuchará, en primera persona, la potente voz de quien hoy es un referente mundial de la resistencia indígena. Ella hablará de la organización, de los derechos, de la resistencia, de la plurinacionalidad, de la democracia, de la educación, de la tierra y del agua, de la siembra y de la cosecha.

Le pediremos al lector que escuche a quienes han caminado junto a ella en distintos momentos de su vida y de la organización indígena. Y que, con esas voces, y con la narración en primera persona de Blanca Chancosa, se quede en su retina y en su memoria, el perfil de una de las figuras claves del movimiento indígena ecuatoriano.



“... una mujer decidida a combatir todo tipo de injusticia”, dice, para empezar, Miguel Chancosa, el cuarto de la familia, quien ha acompañado a su hermana mayor en sus tareas, dando una primera puntada de esta colcha de retazos:

Desde que tengo uso de razón hemos creído en ella: una persona educada, humilde y fuerte. Un amparo para los hermanos pues ella, como la hermana mayor, siempre nos protegía incluso del regaño de nuestros padres. Ella siempre sintió indignación frente a la desigualdad. Esa indignación es la que le ha movido a estudiar, formarse y ayudar a la organización. Ella tenía ya una mentalidad política desde niña y venía a casa y nos contagiaba, nos animaba, hacíamos reuniones o le acompañaba. Nos hacía tomar conciencia en la familia, en la comunidad y en el pueblo. Por eso es apreciada y respetada por todos. Siempre solidaria, y, verdaderamente, de manos limpias (risas) no como otros, pues nunca vio por ella... siempre vio por su pueblo, por la gente. Nunca hizo nada en beneficio de ella o de su familia, incluso ha sido criticada por eso.

No es solo una persona luchadora, enérgica cuando tiene que hablar. Es alegre y fiestera. Disfruta de un *pájaro azul* (y también de un vinito cuando se ofrece) y baila como la que más en las fiestas, ni se diga el Inti Raymi, que celebra manteniendo la tradición. Conmigo hemos bailado huainos y sanjuanitos.

Siempre tuvo una mentalidad política. Es de ideas firmes, pero sabe escuchar y aceptar, cuando tiene que hacerlo. Es solidaria, valiente y, sobre todo, confiable.

Pequeñita, pero con una voz muy potente. Así la retrata Lourdes Conteron, a quien conoce desde que tenía unos 12 años. Lourdes es de Ilumán, Imbabura, y ha visto caminar a Blanca toda la vida:

Blanca, desde niña, era una persona muy dinámica e ilusionada. La conocí en el colegio de Uyumbicho. Yo era unos años mayor y me gradué antes. Y Blanca apenas se graduó tuvo

nombramiento en el entonces Ministerio de Bienestar Social, por los méritos que tuvo. Sin embargo, lo dejó todo para dedicarse a la organización y a los problemas de la gente. La juventud es el momento de la ilusión... ahí uno quiere cambiar el mundo... nuestra población era analfabeta y pobre. Y Blanca siempre se preguntaba cómo cambiar esa situación, cómo avanzar, como mejorar. Yo quería seguir psicología. Había una posibilidad, contactamos con Salvador Allende que iba a llegar a Ecuador desde Chile y nos juntamos para aplicar a una beca, pero se muere Allende y hasta ahí quedó el plan. Blanquita se entera bien cómo funcionan otras organizaciones y se dedica a organizar. Ella recorría las comunidades, se defendía y no le importaba caminar días de días, pues para organizar hay que recorrer las comunidades. Ahora es fácil, la gente se comunica ahora por Facebook... antes no era así... había que ir de casa en casa, explicando a la gente. Y eso era muy sacrificado. En esos años iniciales junto a ella hemos colaborado para que se cumplan los objetivos de organización en la sierra con la ECUARUNARI y luego se amplía a la CO-NACNIE, que fue la organización antes de la CONAIE.

De ahí siguió Blanquita... luchando por esto y por lo otro. Por la tierra, por la organización, por la educación, por el agua. El tema de la educación es el que más nos ha acercado, a través de la alfabetización en tiempos de Roldós. Yo le he apoyado en la parte técnica en temas de educación que son los que yo conocía mejor. Se hizo textos de alfabetización en los años 80. Hizo un censo de profesionales indígenas también en los años ochenta. Estábamos ilusionados los indígenas para cambiar el país, contra la injusticia, la corrupción, en los ochenta y noventa. En vez de cambiar ahora como que hay más corruptos, más ladrones y el pueblo sigue mal.

A Blanca siempre le hemos admirado. La respeto mucho en ese contexto, más aun, en toda la vida que le he conocido, ella sigue con la misma ilusión que cuando jovencita. Sigue y sigue y sigue.... ¿Yo?... yo ya no avanzo por la salud y ella sigue. No ha sido una compañera que ha estado luchando para

ella sino para todos. Yo no sé si el país vaya a cambiar. Vemos como no hay Estado. Nadie más que nosotros mismos debemos preocuparnos por lo que nos pasa, por la salud, nos cura nuestra medicina y nos atienden nuestras parteras. Y Blanca sigue en la lucha, hasta el día de hoy, las 24 horas las dedica a la organización, sacrificando incluso a su familia, la atención de su hijo, por el trabajo político organizativo... sin venderse al Estado, sin venderse a nadie... Nunca ha cogido plata, siempre ha sido coherente. Tiene seguidores fieles porque ella ha estado permanentemente con la gente.

Yo me pregunto cómo va a hacer luego, con el paso del tiempo, porque además de todo, ella es incansable y no puede estar quieta.

Patricio del Salto Galán, quien ha compartido camino, dice de ella:

Hablar de Mama Blanquita Chancosa es evocar la dignidad latente que subyace en el corazón de la Pachamama y de los pueblos que luchan por sus derechos. Hablar de ella es levantar la bandera de la coherencia, de la dignidad, de la preservación de valores culturales y filosóficos milenarios de los pueblos indígenas que constituyen un clamor de retorno al amor a la Madre Tierra, a la Vida Comunitaria y a la Vida Plena para todos los seres. Por ello, el temple inquebrantable de su espíritu constituye una riqueza histórica de gran valía, como lo fue Dolores Cacuango y Tránsito Amaguaña. Sus huellas son y serán transidadas por mujeres y hombres que no claudican jamás ante la codicia y prepotencia de los neo conquistadores de turno y la soberbia imperial neoliberal.

José María Cabascango, también de los dirigentes “históricos” de CONAIE, se suma a los testimonios:

Conocer a la compañera Blanquita es un honor. De alguna forma ha demostrado en toda su trayectoria la lucha incansable, en la dirigencia y en la lucha por la igualdad. Desde que nos conocemos, muchos años atrás, casi desde los inicios de

los setenta en el proceso de la constitución de ECUARUNARI, de sus bases, hemos estado participando juntamente en varias acciones y en el fortalecimiento de la organización más representativa como es la CONAIE. Hemos estado en situaciones difíciles, con gobiernos muy represivos.

Salimos de la dictadura militar salimos aparentemente a la democracia y vivimos la represión de León Febres Cordero en los años ochenta.

Blanca ha estado en toda esa lucha. Los años ochenta son importantes, iniciamos en el tema de reencontrarnos entre los pueblos de la sierra, amazonía y costa, entramos en un debate profundo, el de la identidad cultural en este territorio.

En todo este proceso Blanquita ha estado liderando, orientando hasta ahora mismo. Es una de las compañeras que más ha aportado al movimiento indígena y los logros se ven: en los derechos colectivos, en la Constitución, en la plurinacionalidad y la interculturalidad. Papel fundamental tuvo en la lucha por la tierra. Habíamos recuperado haciendas en la sierra y luego los compañeros en la amazonia también exigieron su legalización. También en la educación, en la vigencia de la Educación Intercultural Bilingüe que los gobiernos siempre han querido minimizar, hemos estado presentes. Y en la lucha contra el racismo, para erradicar esas situaciones de discriminación. Blanca ha sido un pilar fundamental en esa lucha. En lo personal hemos tenido una amistad, un respeto de muchos años y ella siempre ha estado como una líder. Es solidaria, siempre manteniendo su posición firme. Ella nunca claudica, posición dura y principios fundamentales como mujer, como líder indígena. Eso mismo ha contribuido al fortalecimiento de las organizaciones.

Floresmilo Simbaña, por su parte, hace una semblanza desde la historia de la organización:

Conocí a Blanca Chancosa en medio de una coyuntura que marcaría el rumbo del movimiento indígena ecuatoriano en

los siguientes diez años de su historia. Era 1996 y la CONAIE realizaba su Congreso en Zhindar, Saraguro. Los debates sobre la situación del país y la estrategia a definir ya evidenciaron fuertes diferencias internas, al que se sumó la injerencia del gobierno de entonces a través de su Ministerio de Asuntos Étnicos, abriéndose un fuerte conflicto al momento de la elección de su nuevo presidente. El Congreso no pudo terminar y la organización de momento quedaba sin dirección. Desde la ECUARUNARI se buscó salidas, había consenso en ver que la injerencia del gobierno provocaba un reagrupamiento de sectores internos que se alejaban de los postulados originarios de la CONAIE, por lo tanto la respuesta debería apuntar a defender la independencia del movimiento y reafirmar su línea histórica.

Fue precisamente la compañera Blanca quien más sostuvo esta tesis. En esa época mi conocimiento del movimiento indígena ecuatoriano era muy pobre, mi comuna recién ingresó a la CONAIE en 1994, al calor del segundo levantamiento indígena. Acompañaba mis lecturas con anotaciones y observaciones de lo que decían y hacían los experimentados dirigentes. Las impresiones sobre Blanca Chancosa llenaban las páginas de mis cuadernos de notas. Tres cosas ocupaban mi atención: Su visión estratégica; su capacidad organizativa; y su aptitud para el trabajo.

Las figuras históricas se destacan por ofrecer visiones de conjunto sobre las coyunturas y proponer respuestas de largo aliento; eso es precisamente lo que he visto hacer a la compañera en los momentos más críticos para el país y el movimiento indígena, como la lucha contra el ALCA y el TLC. La estrategia regional estuvo bajo su cargo, cuando la multitudinaria marcha de Buenos Aires a Mar del Plata logra botar abajo la intención de EE.UU. de firmar un tratado comercial con los países sudamericanos, en la tribuna, una mujer pequeña recibía reconocimientos de varios presidentes de países, de intelectuales, artistas, dirigentes sociales... hablaban de Blanca Chancosa.

En situaciones de crisis o de movilización, sin necesidad de ocupar cargos dirigenciales, era de las primeras en ocuparse de tomar contacto y coordinar con las organizaciones de base y organizar acciones de punta. Ese talento pudimos ver en el levantamiento de Octubre, en uno de los momentos más críticos, cuando la movilización en Quito estaba siendo aislada entre el parque el Arbolito y el Ágora de la Casa de la Cultura, propone y organiza la marcha de las mujeres para recorrer las zonas residenciales donde la normalidad daba la apariencia de tranquilidad. Esa marcha estimuló la movilización de la sociedad quiteña, rompiendo el cerco en el que el gobierno y los medios de comunicación querían ahogar al levantamiento.

Es poco común verla quieta, siempre tiene ideas y tareas por cumplir. Así la conocí, así aprendí de ella. La confianza que genera hace incluso que resulte cómodo presentarle críticas. De seguro impresiones parecidas debieron tener quienes caminaron junto a Dolores Cacuango o Tránsito Amaguaña.

Atyk Chancosa, su hijo, se siente orgulloso. No tiene palabras para describir el cariño, la admiración y el respeto hacia Blanca. Él ahora comparte las causas de su madre, que son las causas de su pueblo. Atyk ve que su mamá no para ni siquiera en tiempos de confinamiento y pandemia: si no está en un foro, está en otro (ya es una experta en zoom, dice), cuando no está recogiendo alimentos y víveres para alguna comunidad. ¡Le pican los pies! ¡No puede estar quieta!

Es una mujer luchadora desde niña; jamás se ha dado por vencida y ha seguido adelante demostrando en una sociedad completamente machista que una mujer fuerte e inteligente vale más que mil hombres. Asumió la responsabilidad de criarme sola, cosa que le agradezco mucho por qué no sé qué clase de persona y qué valores hubiese tenido yo con un hombre cobarde tomando el rol de papá en mi vida. Pero todo esto hizo que ella tenga que buscar la forma de sostenerme y a la vez, seguir su camino labrado dentro de la política y la lucha de pueblo a través de las organizaciones. Ella venía de

un proceso largo como líder indígena y formaba parte de un largo proceso de lucha. Ella tenía su nombre y responsabilidad bien marcada con nuestra gente que en esos tiempos vivía en el total abandono y con una vulneración absoluta de sus derechos. Todo este proceso de lucha contra el racismo, contra el machismo y contra las políticas nacionales que iban en desmedro de nuestro pueblo era complicado... ¡y llego yo a complicar un poco más su vida! Aún así, se dio modos de cumplir su rol de madre y líder de la organización.

En todas las fotos que tengo de mis primeros años de vida estoy en reuniones con ella o donde me cargan los compañeros... Sé lo aburridas que son las reuniones para un niño, pero también se la alegría cuando llegaba la hora del almuerzo para tomar mi pelotita amarilla y jugar un ratito con mi madrecita y esperar de nuevo ese momento feliz hasta el siguiente receso. Yo crecía y se hacía más difícil. Tuvo que dejarme con mi abuelita y mi tía mientras ella salía a buscar el sustento económico y además cumplir con las responsabilidades de la organización. Empecé a verla menos, me quedaba con mi abuelita. Luego, ya más grande, fuimos a vivir lejos de mi abuelita y mis tías y esa fue otra de las cosas difíciles que se pasó en la niñez porque mi madrecita empezó un ritmo de trabajo más duro que antes pero, como estábamos solos, ella se veía obligada a viajar todos los días y regresar todas las noches de Quito a Otavalo, pero también tenía que viajar fuera del país y ausentarse más tiempo. Teníamos un reloj en el comedor y yo me lo llevaba a mi cuarto, me acostaba y lo ponía a mi lado esperando que ella llegue a la casa. Yo odiaba la noche porque era lo peor estar contando segundo a segundo, viendo el reloj, esperando que ella llegue. En los estudios, por el respeto que le tenían a mi madre los docentes eran comprensivos, entendían que, porque era sola y llevaba un tremendo ritmo de trabajo, no podía asistir a las reuniones o cualquier evento que tenía la escuela. Yo era de esos niños que salía en absolutamente todo acto y muchas veces mi mamá no podía estar, sentía el apoyo de los padres de mis compañeritos, porque ellos también gritaban mi nombre.

Cuando ella estaba en la casa aprovechaba el tiempo al máximo. Jugábamos, descasábamos, visitábamos la familia. Me enseñaba el cariño y la importancia de ayudar a los demás, el respeto a lo que nos rodea. Gracias a todo eso, pese a las dificultades, jamás me desví del camino. Gracias a mi ella nunca me faltó nada. En mi adolescencia le reclamaba mucho: no lograba entender el enorme sacrificio que hizo para que podamos estar bien: si a mí me dolía que no podía estar conmigo a ella también le tuvo que doler y partir el corazón; tenía que cumplir su deber como líder. Por eso es que me indigna y se me llenan los ojos de lágrimas de rabia, cuando veo lo ingratos y poco consecuentes que son algunos compañeros, por la forma en la que algunos la tratan o por el poco valor que algunas personas le dan simplemente por intereses políticos personales o porque no se han formado leyendo o averiguando el proceso histórico que ha tenido el movimiento indígena en nuestro país y no se han dado cuenta de lo mucho que les ha costado a nuestros viejos líderes, a las mujeres líderes. Para poder ser una líder como Blanquita Chancosa hay que sacrificar y resistir. Ha llevado una carrera limpia, honesta. Se necesita de coraje y mucha valentía, pero sobre todo amor para su pueblo todo eso para que ahora por lo menos podamos reclamar nuestros derechos. Eso es, gracias a que se han sacado el sucio para que ahora tengamos más oportunidades y que sigamos con la lucha para poder seguir mejorando el futuro de nuestros pueblos y no para que traicionemos todo el proceso histórico y todo el esfuerzo vendiéndonos a cualquier partido político o cualquier oportunidad de salir adelante pisoteando a los nuestros. ¡No tenemos que vender la memoria de nuestros viejos porque a ellos les ha costado sangre, dolor y lágrimas, lo que hoy tenemos! ¡no seamos traidores!

Estamos en una etapa nueva y ahora comparto otras cosas con ella. Es lindo verle ahora como abuela, la alegría que le da y lo consentidora que se vuelve. Siempre está pendiente de que las cosas sean mejores. La seriedad que siempre muestra se le va cuando se pone a cantarle a su nieta o cuando empiezan con los juegos de roles. Me da mucha alegría poder compartir esta

etapa con mi madre. Ahora no solo somos madre e hijo sino también compañeros y ahora vemos los dos por los dos. Siempre llevaré orgulloso el nombre de mi madre por ser la gran líder y mujer fuerte y la gran madre que ella es y por cómo logró ser las dos cosas sin dejar ninguna. ¡Le amo mucho, madrecita y pay por todo!

Pay. Sí. Yupaychani. Pakrachu. Gracias, Blanquita, por haber sido voz de quienes no tenían voz y por la lección enorme que nos da. Y gracias, también, por compartir los hilos con los que ha tejido su historia, con nosotros y con los lectores.

Los editores

A black and white portrait of an elderly woman. She is wearing a dark, heavy shawl draped over her shoulders, tied at the front. Underneath, she wears a light-colored blouse with a ruffled collar. She is adorned with multiple strands of pearls around her neck and a large pearl earring. Her hands are clasped in her lap. The background is a plain, light-colored wall.

**¿Por qué contar
el tejido de mi historia?**

► Retrato durante una gira en España.
Foto: Patricio Realpe

Mi pelo se está poniendo como la nieve del cerro. Ahora me dicen Mama Blanca por respeto a estas canas. Acabo de cumplir 65 años y, creo, es tiempo de mirar atrás para que las nuevas generaciones den pasos firmes hacia delante. Soy mujer. Y soy indígena. Que ahora me cedan el asiento del bus o que me saluden en la calle o en el barrio, en especial la gente mestiza, no es de gratis. Es por tantos años de lucha, como mujer y como indígena. Cuando niña, a los indígenas de este país, sean hombres, mujeres, ancianos o niños, los mestizos nos sacaban a empellones de los buses, nadie nos cedía el asiento y de saludar, ni hablar. Hemos sido ninguneados y basureados. Indio era un insulto (y todavía lo es). El país sigue siendo profundamente racista, pero soy optimista, ha valido la pena y aún falta mucho que caminar. Ahora puedo decir que algunas cosas han cambiado como resultado de ese proceso de lucha. Siento que sí hay más respeto de la sociedad o mayor “tolerancia” hacia el indígena y que, poco a poco, nos vamos despojando de los rezagos coloniales. El respeto es ese ingrediente necesario para empezar a hacer de este país, un país intercultural y plurinacional, pero falta aún mucho camino que recorrer en el cumplimiento y garantía de nuestros derechos.

He decidido compartir con ustedes momentos de mi vida no por ego ni por vanidad. Tejer con los hilos de ayer y de hoy es indispensable para caminar hacia el futuro. Sin memoria solo podemos estar perdidos, sin saber hacia dónde tenemos que ir. Mi historia tiene que ver con la historia del movimiento indígena ecuatoriano y por eso me animo a contarles estos episodios de mi vida que son, también, los episo-



dios de la vida de mucha gente, los episodios de la vida de un pueblo y de una organización.

En estas páginas cuento lo que me tocó vivir y, desde mi experiencia, con mi voz y mi palabra, algunos momentos de la historia del país, Ecuador, y de las nacionalidades indígenas que vivimos en este territorio. Palabra de mujer. Palabra de indígena. Y palabra de maestra, de dirigente, de madre.

Libertad, derecho a la educación, derecho a la tierra, a la organización, a la justicia, a la identidad, resistencia, semillas... de eso les voy a contar en estas páginas porque esas palabras forman parte de los hilos con los que se ha tejido el colorido telar de mi historia.



Capítulo I
**La libertad
o el espíritu del viento**

- ▶ En primero o segundo curso de colegio, de 13 años, con mis compañeros.

Mis abuelos me dejaron como herencia la libertad. Con ese barro fui moldeada.

Fui bautizada como Blanca Flor Chancosa Sánchez. Nací un 31 de mayo de 1955, en Cotacachi, un poblado en la provincia de Imbabura, en los Andes ecuatorianos, de Rosa María Sánchez Flores, mi madre, y de José Antonio Chancosa Flores, mi padre.

Tuve una infancia feliz. Mis abuelos, agricultores sin tierra de una comuna rodeada de haciendas, eran de La Cadera. Las familias de la comuna se convertían en jornaleros agrícolas. Trabajaban en Urcuquí o en la hacienda La Compañía, en las molindas de caña o como ordeñadores, gañanes de hacienda. No eran huasipungueros, eran gañanes. Así, trabajando en el campo, es como se conocen mis abuelos y otras familias del pueblo Caranqui. Los hermanos de mi abuelo, mis tíos del lado paterno, eran huasipungueros de una hacienda San Vicente de Flor, en Urcuquí (donde hoy está Yachay).

Mi abuela paterna era un personaje especial. No tuvo buena relación con su marido: fue una mujer maltratada. Se separó y llevó a su único hijo, a mi padre, con ella. Ella no quería que su hijo fuera dependiente de la hacienda. Quería que su hijo aprenda un trabajo libre. Sí. ¡Libre! Por eso buscó una persona que le enseñe a mi padre algún oficio y lo consiguió. Encargó —así se hacía antes— a su hijo Antonio a donde un maestro albañil para que le enseñe. Antonio, mi padre, aprendió muy bien el oficio. Pronto se convirtió en oficial y la gente de la hacienda le llamaba para que trabaje en obras de construcción. Trabajó en la construcción de varias casas, de la iglesia y construyó la escuela piloto Manuela Cañizares, de



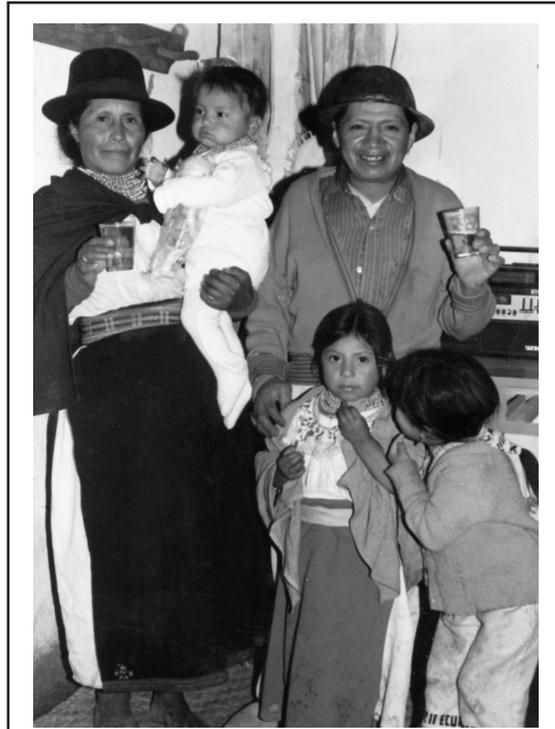
Cotacachi. Su ilusión era que sus hijos estudien ahí, en la escuela que él construyó. Creo que cumplió esa ilusión porque sus hijas fuimos alumnas de ese centro educativo.

Mi abuela materna, Francisca —Mamita Pachi, como le decíamos— trabajaba en la hacienda en La Calera. En su familia eran líderes comunitarios. Decían que una tía abuela de mi madre era yachag. Mi abuela aprendió de ella, de su cuñada, y se convirtió también en yachag. Visitaba las comunidades para atender partos y otros casos de salud y energéticos y también acompañaba en los procesos legales o litigios a favor de las comunidades. Caminaba mucho en esas visitas. Después ella salió a vivir en la ciudad, pero todos sus hermanos vivían en la comunidad. En esos recorridos conoció a mi padre. Y se interesó en él, para su hija. Mi madre habría tenido unos trece o catorce años, pero en el registro constaba “diecisiete”. Mi padre, según me han contado, ya estaba comprometido con una señorita de Urcuquí. ¡Estaba ya para casarse!, pero mi abuela insistió:

—Mi hija está sufriendo por ti, —le dijo. No sé cómo, pero había quedado desconcertado, al punto, que se escapó dejando el compromiso.

Mi padre dejó el compromiso que tenía y fue a buscar a mi madre, a quien no conocía, aunque la habría visto de lejos, tal vez, en alguna fiesta o en la río. Así era antes... bastaba que una pareja de jóvenes cruzara su mirada, para que los padres se empeñen en casarles. Así fue como se casaron mis padres y formaron un hogar, con nueve hijos —ocho vivos y uno muerto—. Yo, bautizada como Blanca Flor, la hija mayor de la pareja Chancosa-Sánchez.

Mi padre albañil. Mi madre en la casa. Ambos indígenas y ambos migrantes. Su vida la hicieron en la ciudad, en Cotacachi. Ninguno de los dos tenía tierra ni tenía nada, pero eran libres. No se debían a ningún patrón.



Mi madre Rosa María Sánchez, cargada mi primera sobrina. Mi padre, José Antonio Chancosa, mi hermana Rosa Flor. Reunión familiar.

A mí me gustaba acompañar a mi abuelita Mamita Pachi cuando iba a ceremoniar en las comunidades. Era muy querida también por mis tíos así que me gustaba ir de visita. Era feliz cuando iba a dormir donde Mamita Pachi o donde mi tío Manuel, con mis primas, en la comunidad La Calera y ayudaba en las cosas de la casa. Uno de mis tíos—hermano mayor de mi abuelita, Rafael Flores— era padrino de matrimonio de mis padres y padrino de bautizo mío. Me quería mucho. Me llevaba con él a la comunidad y me hacía levantar a las cinco de la mañana para mandarme de vuelta a mi casa y alcanzar

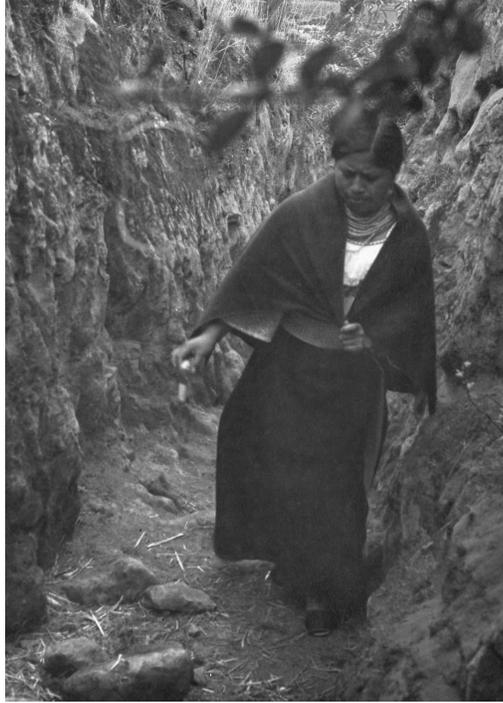
a arreglarme para ir a la escuela. Me mandaban cargada de maíz, de granos de temporada, de caña dulce. En mis pasos de niña haría una hora de La Calera a la casa en Cotacachi. Tengo ese recuerdo de niña feliz, corriendo por los potreros, cargada de regalos para mi casa. Así aprendí de la vida del campo: trocear leña, ordeñar las vacas. Aprendí a sembrar y a recoger, también a chalar lo que quedaba de la cosecha.

Mi abuelo José Miguel Chancosa era mayordomo de hacienda en la comunidad de Pilchibuela, de propiedad de la señora Carmen Ruiz. Él tenía su parcela de tierra donde tenía sembradas col, papas, choclos. Cuando pasaba donde mi abuelo también regresaba cargada de cosas. Con él también aprendí a sembrar, a cosechar, a pastar las vacas. En la hacienda había toctes, aguacates, tunas, camote y la colada hecha con tzawarmishki.

Me gustaba ir al campo, sea con mi abuelo, sea con mi abuela. El olor a hierba mojada, el brillo del sol cuando pega en la montaña, jugar con los demás niños, meternos en el río a lavar ropa, o en la acequia a jugar. En vacaciones iba a visitar a las familias en Urcuquí, quienes eran huasipungueros de la hacienda San Vicente de Flor. Ahí con primas Isabel e Hilda o Carmen, íbamos llevando el almuerzo a mis tíos que trabajaban en la hacienda. Al regreso pasábamos por los potreros recogiendo aguacates, toctes, cañas, tunas. Ya en la casa había que ayudar con los animales. Con ellas aprendí como coger y limpiar esa fruta espinosa. Y también jugar en la hacienda donde trabajaba mi abuelo en Pilchibuela.

Iba con mi familia a la comunidad de La Calera, donde jugábamos con mis primas luego de poner en el corral los chivos. En las noches, bajo la luz de la luna, nos sentábamos en la estera alrededor de Mama Rosa, la abuela de mis primas, a escucharle contar cuentos. Supe las historias del arcoíris bueno y el arcoíris malo, el cuento del origen de los mosquitos y la curiosidad del diablo, la leyenda de la chificha, el conejo y el lobo, del cóndor, de la tortolita, en tiempos en los que animales

eran humanizados, lo mismo animales que se transformaban en personas. Ahí jugué a las ollitas, a las escondidas, al zapallo, al conejo y avanzada la noche nos quedábamos a dormir en la choza cuidando los animales y Mama Rosa se iba a su casa.



Recorriendo en el chaquiñán, visitando la comunidad Quinkawán, en Chimborazo (Licto). Tenía 20 años.

En Cotacachi también hice travesuras, estando pastando chanchos cerca mi casa, me entretuve jugando con otras niñas, me descuidé e hice perder a los chanchos. O cruzar una calle sin ver el riesgo de ser sorprendida por algún vehículo, al regreso de la escuela, por estar jugando con mi hermana. Las travesu-

ras fueron castigadas con ortiga o con el acial, pero jamás recibí de mis padres un golpe con su mano. Supe así que una cosa era el castigo, el correctivo y otra, muy distinta, la violencia.

Como era la hija mayor, tenía que ayudar a mi mamá. En mi casa éramos tres mujeres y cinco varones. Tenía que cargar a mis hermanos pequeños y ayudar en las tareas de la casa: cocinar o lavar o llevarle la comida a mi papá cuando estaba en alguna construcción en el pueblo. Había que hacer la sopa, el arroz de cebada, que en ese tiempo era todo un trabajo porque había que coger las hojas, tostar el arroz, molerlo y cocinarlo. Arrendábamos un cuarto primero y luego mis padres compraron un solar. También había que sacar a pastar a los chanchos o sacar las gallinas. Pero por sobre todas las cosas, había que estudiar.



Foto familiar, en la casa. Mamá y mis hermanos Miguel, Manuel, Julián, Rosita. Yo estoy cargando a mi sobrinito. Junto a mí, mi cuñado.
Foto de Nela Martínez.

Mi abuela quiso que mi padre tuviera un trabajo libre. Y mi padre quiso lo mismo también para mí y por eso se empuñó en que yo estudie. Mi padre tenía un sueño, una ilusión conmigo, una esperanza. Quería que yo sea alguien en la vida,